



# EL TOREO

SE PUBLICA TODOS LOS LUNES

AÑO VII.

Madrid.—9 de Junio de 1880.

NÚM. 245.

## NUMERO EXTRAORDINARIO

CON MOTIVO DE LA INAUGURACION DE LA NUEVA PLAZA DE TOROS

## PUERTO DE SANTA MARIA

La inauguración de una plaza de toros en un pueblo de Andalucía, es uno de los acontecimientos que dejan mayores recuerdos en el viajero. No es posible dar idea aproximada de la animación y la alegría que reina entre los aficionados de la tierra clásica del toreo.

Pero nada tiene comparación con la fiesta, siempre famosa, que allí se llama los toros del Puerto; las corridas de esta bellísima ciudad han sido siempre famosas, y á su constante celebridad había que añadir ahora el aliciente de inaugurarse la plaza, y el de hacer muchos años que en aquel punto no se veían corridas de toros.

El Puerto de Santa María el sábado y domingo últimos ha ofrecido un aspecto indescriptible; sus hermosas y largas calles, llenas de forasteros; sus grandes miradores, cuajados materialmente de preciosísimas mujeres; la ría, llena de vapores que de momento en momento iban aumentando el número de viajeros, y por todas partes la mayor alegría y la animación más viva de que pueda formarse idea.

La primera visita de cuantos llegaban al Puerto, era naturalmente para la plaza de toros; ésta se halla próximamente en el sitio de la antigua, y constituye seguramente el mejor circo taurino de Andalucía.

Generalmente se la compara con la de Madrid, pero á mi juicio esta comparación es imposible,

porque perteneciendo á distinto orden y siendo cada una de distinto gusto, no cabe término semejante entre ambas.

La fachada exterior está llena de puertas y ventanas, pero no es de gusto muzárabe; los grupos de ventanas de las ochavas, son de tres huecos y están rematados por medios puntos sencillos en vez de los arcos árabes que tienen las de Madrid.

En el interior, la plaza del Puerto supera á la de Madrid en alegría y puede decirse que hasta en comodidad; tiene tres pisos y las localidades son: valla, segunda fila de valla, asiento de tendido, delantera de balcón de primer piso, delantera del balcón de segundo piso, asientos sin numerar en estos dos pisos (lo que en esa llamamos asiento de grada y andanada), y por último palcos principales y segundos.

Los tendidos son de piedra; los delanteros, las columnas que mantienen las ochavas y todos los travesaños de los pisos, de hierro.

En la pintura dominan el blanco, que es el color de los fondos, y el encarnado, que forma caprichosos dibujos en las barandillas y columnas.

Esta combinación y este gusto en la pintura es quizá lo que constituye la mayor belleza de la plaza en el interior; los que estamos acostumbrados á la tristísima plaza de Madrid, recibimos una gran impresión al ver este circo que tiene tanto cielo, como dicen los toreros, y que es tan alegre

y propio para la ruidosa y animada fiesta á que está destinado.

Las filas de tendidos son diez y seis, contando la barrera y la contrabarrera; las gradas del primero y segundo piso, las mismas que las gradas y andanadas de Madrid.

En el primer piso se halla el palco presidencial, sobre éste el destinado á los Reyes, y á los dos lados de estos, los palcos para el público, que no pasarán de veinte.

No hay localidad que no sea cómoda; se ha calculado medio metro de espacio para cada espectador, y desde todos los sitios se ve la corrida sin molestias de nadie y sin que los espectadores se quiten unos á otros la vista de la lidia.

La cabida oficial es la misma que la de Madrid, pero en caso de apuro pueden colocarse sin dificultad cerca de 15.000 espectadores.

Para tratarse de una población que no es ni capital de provincia, no puede negarse que es mucha plaza la que acaba de inaugurarse; verdad es que Puerto de Santa María es una ciudad que ni en extensión ni en belleza la llegan muchas capitales de provincia de España.

Por su mucha extensión no se ha visto llena en ninguna de las dos corridas de inauguración; se cree que en las corridas que por San Juan se celebren, conseguirá este resultado la empresa: ignoramos lo que sucederá; pero creemos que si los



precios de los billetes no se rebajan mucho, el circo del Puerto de Santa María está destinado a no llenarse nunca.

Esta es nuestra opinión; la empresa, que ha tocado los resultados de poner precios excesivos a las localidades, puede mejor que nadie juzgar lo que la conviene en lo sucesivo.

Y terminada esta brevísima reseña de la plaza, vamos a ocuparnos de las corridas.

#### PRIMERA CORRIDA.

Las cuatro y media del 5 del corriente eran la hora y fecha señaladas para inaugurar la plaza del Puerto. A los dos había ya gente en los alrededores del circo, y cuando éste se abrió, la gente penetró empujándose para tener el gusto de estrenar pronto una localidad.

Como la plaza es tan grande, al principio no nos veíamos los espectadores unos a otros, pero todos esperábamos que al fin se cuajaría la plaza.

¡Vana esperanza! Donde caben 15.000 personas no había más que 8.000 y tantas, entre las cuales no faltaban seguramente del sexo bello, que en Andalucía, y en el Puerto sobre todo, es más bello que en otras partes.

Momentos antes de comenzar la fiesta, en el palco régio se presentó el Capitán general, y en el de la izquierda de éste la princesa Ratazzi y su hija, vestida de torera.

El público pidió que saludara, y la niña con el mayor garbo contestó a los aplausos de los espectadores, quitándose graciosamente la montera.

Aplaudiendo a otras bellezas y presenciando una bronca que se armó en las localidades de sol, gracias a un señorito vestido de blanco, que se quería comer a todo el mundo, llegó la hora de la corrida.

En el palco presidencial apareció el alcalde, varios individuos del ayuntamiento y representantes de la sociedad constructora; el público los acogió con muestras de júbilo, y hecha la señal por el alcalde D. Francisco Miranda, los clarines colocados en el palco de la presidencia, lanzaron al aire la primera tocata.

Un capellán de regimiento montado a caballo, salió a correr la llave, y decimos capellán de regimiento, porque tal parecía por su traje el funcionario que debía desempeñar el papel de alguacil.

La empresa podía haber hecho un traje mejorcito al primer individuo que debía presentarse en el redondel al inaugurarse la plaza.

Pero la empresa de la plaza del Puerto no ha pecado de rumbosa en nada.

Prosigamos. Entregada la llave, y después de esconderse el alguacil o capellán, salieron las cuadrillas, a cuyo frente marchaban el Gordo y Rafael, y atravesaron el anillo entre los entusiastas aplausos de la multitud.

Entre los dos matadores marchaba un niño, que ya le saca su padre a torear para que se vaya haciendo.

Tres picadores tomaron las armas.

Estos eran el Llaveró, Salguero y otro llamado Caro, desconocido en todas las plazas del reino y extranjeras, y cuyo sombrero debió servir al primer varilarguero que trabajó con Pepe-Hillo.

Y sin más preliminares, salió el primer toro, que como todos, era de la vacada de D. Anastasio Martín.

Llamábase *Bordador* el cornúpeto y era berrendo en negro, botinero, capirote, apretado y algo caído de cuerna. Por la mañana se había pasado de un chiquero a otro, y fue necesario muchísimo trabajo para volverle a su lugar.

Salió del toril corriendo, y después de algunas monadas de la gente de a pie, se dirigió a la caballería mostrándose blando, y por añadidura tardo.

Llaveró clavó un puyazo y cayó perdiendo un jaco; Salguero, que es un picador de mucha voluntad, puso siete puyazos cayendo dos veces con bastante estrépito, y Caro, por último, mojó dos veces, cayendo otras tantas, sin más percance que la pérdida de una caballería.

A la cuarta puya el toro volvió la cabeza, y recibió casi todas las varas cerquita de los medios.

Estando el toro tomando una puya, se echó a la plaza un individuo con un sombrero de paja en la mano por toda defensa y con un poco vino en el cuerpo. En cuanto el toro le vió se le arrancó, y gracias al Gallo que metió el capote, no se quedó muerto aquel cristiano para estrenar la plaza.

Como barbaridad, no la hemos visto mayor en nuestra vida.

Un agente de la autoridad o de la *partía*, como en el Puerto se dice, se llevó a la cárcel a aquel torero.

Hecha la señal de banderillas, Prieto y Primito salieron a desempeñar esta tarea.

El primero puso una banderilla cuarteando, salió dos veces en falso y clavó otro par entero al cuarteo también. Primito puso uno bastante aceptable.

Antonio Carmona, que vestía un traje verde con oro, cogió los trastos y lanzó el primer brindis que ha escuchado aquel circo.

No hay para qué decir que al tirar el diestro la montera, hubo mucho de ¡olé! y de ¡bendita sea tu madre! etc., etc. Los andaluces son gente de mucho entusiasmo.

Pero poco tardaron en empezar los gritos.

La música de Ingenieros, a petición del público, empezó a tocar una pieza de baile, y Carmona la ejecutó con los pies a las mil maravillas.

—¡Qué baile me gasta usted en su tierra, maestro!—dijo un madrileño que estaba a mi lado.

El Gordo dió un pase natural, seis con la derecha, seis altos, cuatro cambiados y una estocada a paso de banderillas, tirándose desde la calle de la Sierpe de Sevilla, y resultando el sablazo bastante caído.

Verdad es que el espada volvió la cabeza para no verlo.

Dos pases con la derecha precedieron a un pinchazo, tirándose desde lejos.

Luego dió un pase con la derecha y una corta, mejor señalada.

Luego descabelló a medias, cayendo el toro y teniendo que rematar el puntillero la obra del espada.

El puntillero que hirió a este toro era también incógnito e iba de paisano, según costumbre en las plazas de Andalucía.

*Viborito* se llamaba el segundo buey de los de D. Anastasio Martín; era retinto listón, apretado y alto de cuerna y sin ningún poder en la cabeza.

Apreciable bicho para una corrida de inauguración.

Los picadores de tanda fueron relevados por los de la cuadrilla de Lagartijo.

Parece que entre las rarezas de Antonio Carmona se halla también la de que sus toros deben ser picados por su gente nada más. ¡Qué de cosas van inventando los matadores modernos!

Salieron pues Calderón (José) y Calderón (Manuel), y con ellos, para hacerles compañía nada más, puesto que en este toro no puso vara alguna, el caballero en plaza que rejoneó en las últimas fiestas reales en Madrid, Posada, que ahora le ha metido a picador.

Entre los Calderones clavaron al bicho ocho puyazos, correspondiendo cuatro a cada uno, y sin caer ni cosa parecida. *Viborito* entraba incierto, salía de naja en cuanto sentía el puyazo, y carecía de poder. Los Calderones picaron generalmente fuera del sitio, sin duda por la manera de arrancarse el animal, y José en la segunda puya se quedó sin pelo.

En realidad, *Viborito* debía estar destinado a los trabajos de la agricultura, en vez de salir a la plaza.

El presidente le sentenció a banderillas, y el Gallo en compañía de Juanillo Molina, salieron a poner los palitroques, que por cierto no son tan bonitos como en la plaza de Madrid, dicho sea de paso. Gallo clavó dos pares cuarteando, muy regulares, y Juan otro también pasadero. El toro se había hecho algo difícil en esta suerte y revelaba propósitos de cortar terreno.

Lila y oro era el toro que vestía Lagartijo. Comenzó a sonar la música después del brindis, y el diestro dió cuatro pases con la derecha, tres altos y cuatro cambiados; y un pinchazo a paso de banderillas.

Después dos naturales, dos con la derecha, dos altos y una corta al mismo paso, tirándose también de lejos.

El público comenzaba a impacientarse, a pesar de lo cual el espada continuó con la faena siguiente:

Dos naturales, dos con la derecha, cinco altos y un pinchazo a paso de banderilla.

Otro pinchazo.

Cuatro pases con la derecha, siete altos y una estocada baja.

Después de tres pases altos, cogió la puntilla y la tiró tres veces, sin asestar ninguna.

Luego cogió la espada nuevamente y descabelló.

¡Qué faenita, eh! Pues todavía las hubo peores; el toro estuvo incierto y con la cabeza alta.

Cuando el espada descabelló, no faltaba ya

quien pidiese que el animalito se quedara vivo para recuerdo de la inauguración de la plaza.

Negro, feo, corniabierto y espitorrado del derecho era el tercer toro, cuya facha dejaba mucho que desear.

Llamábase *Golondrino* y salió con muchos pies como si quisiese coger a todos los niños que andaban por la arena con trajes de colorines.

Salguero picó más que una guindilla en este toro.

Sus compañeros no podían meter baza, y el hombre, con más voluntad que un voluntario realista, estuvo hasta que tocaron a banderillas delante de la fiera luciendo su robusta persona.

Ocho puyazos le clavó el solito cayendo en una ocasión con pérdida de una boca.

Caro, el del sombrero recién planchado, puso un puyazo y cayó una vez sin pérdida de nada.

Llaveró puso tres varas y sufrió una caída perdiendo también la *pescaila* correspondiente.

El Gordo, en los quites, rascó al toro el testuz e hizo otras monadas de su repertorio, que fueron aplaudidas por algunos aficionados a las mogigangas.

Este toro tomó obligado la mitad de las varas; bueno es que conste.

El presidente juzgó que bastaba ya de puyazos, y salió Primito en compañía de un joven a quien no tenemos el honor de conocer.

Primito clavó un par a toro parado, bueno, y su compañero uno cuarteando, pasado, y medio también al cuarteo.

Carmona volvió a tomar las armas y brindó la suerte a un caballero que ocupaba un palco a la izquierda de la presidencia; D. Tomás Odorne, según nos dijeron.

Y aquí se acabaron las monadas.

Dió cinco pases con la derecha, dos altos, tres cambiados y un pinchazo sin soltar.

Luego dió un pase alto, uno con la derecha y una estocada que no tenía más defecto que el de ser baja y algo atravesada.

No se le podía pedir más al sablazo.

La persona a quien brindó Carmona la suerte, arrojó a la plaza un objeto liado en un papel blanco, que suponemos sería una petaca.

El toro estaba huido en el último tercio.

Al cuarto le llamaban *Greñudo*, sin duda porque no le faltaban greñas en el testuz; era negro, bragado, corniabierto, y muy blandito, y muy feo, y muy huido.

¡Qué torito tan bonito, Sr. D. Anastasio!

Los picadores comenzaron la pelea por el sistema de acoso que es un sistema muy cómodo para que tomen varas algunos bichos que debieran llevar fuego y hasta dinamita.

Dientes puso ocho puyazos nada menos, sin ninguna novedad para su persona ni para su caballo, y sin experimentar el más mínimo contratiempo.

Su hermano Manuel puso tres puyazos, y cayó en una ocasión perdiendo el cangrejo.

Posada, el antiguo caballero, metió dos veces el rejon, sufriendo también un batacazo y perdiendo la sardina.

En la sombra se armó una pequeña bronca al mismo tiempo que el público pedía a voz en grito que banderillease el Gordo.

Este procuraba hacerse el desentendido mientras que Mariano y el Gallo se apresuraban a meter los brazos cuanto antes para que cesara el griterío.

Un buen par cuarteando, de Mariano, puso término a la algazara y empezaron los aplausos para el torero. También fue aplaudido el Gallo, que cogió otro par al cuarteo también.

*Greñudo* se hallaba incierto, y Rafael más sereno que en su toro anterior y más parado, dió siete pases naturales, nueve con la derecha, cuatro altos, dos cambiados y una estocada a volapié, saliendo el diestro tropicado de la suerte.

La estocada estaba bastante delantera, pero bastó para que el toro, a los pocos momentos cayese moribundo.

Hubo aplausos; ya era hora de que se aplaudiese alguna cosa.

La estocada, aunque no de mucho mérito, ni mucho menos, era lo más pasadero que se había visto en la tarde.

Las mulas despejaron pronto el redondel, llevándose a los caballos por una puerta y al toro por otra.

Llamamos a un vendedor que llevaba la *justicia del vino* en la cesta, según decía, decididos a comprarle una poca, y nos encontramos con que la justicia es en el Puerto media docena de langostinos.



Chupando *justicia*, pues, aguardamos la salida del quinto toro, que no se hizo esperar mucho.

*Ballester* era el nombre del bicho que seguía al cuarto; vestía traje colorado, ojinegro, y usaba cuerna abrochadita.

Posada se bajó del caballo, sin duda por conocer que le iba a dar el último accidente, y después de algunos capotazos, *Ballester* pasó a trabajar con los picadores Salguero y Llavero, aunque con bastante blandura.

Este bicho, sin embargo, tenía alguna cabeza, y propinó batacazos serios.

Llavero puso cuatro puyazos y cayó en tres, perdiendo dos penceos. La última caída, que fue casi en los medios, se verificó al descubierto. Quedó en el suelo montado en el caballo y al lado del toro; en esta posición, el animal le tiró un derrote que parecía haber atravesado al picador de parte a parte. Por fortuna no le hirió, y cuando el bicho fue retirado y el caballo se levantó, Llavero se puso en pie tan fresco y tan serio como de costumbre, porque el hombre es muy serio, la verdad sea dicha.

Salguero clavó siete puyazos tumbando al toro en el penúltimo, y cayendo una vez al santo suelo sin novedad para sus huesos.

Bien apurado el toro pasó a banderillas, y Prieto le clavó un par al cuarteo y medio ídem; el joven desconocido, anteriormente citado, puso un par a la atmósfera, otro cuarteando desigual al toro y otro al relance malito a la fiera también.

El Gordo, para acabar con *Ballester*, empleó la lucida faena que sigue:

Un pase natural, cuatro con la derecha, cuatro altos, uno cambiado y un pinchazo.

Cuatro con la derecha, tres altos y otro pinchazo peor que el anterior.

Dos altos y otro pinchazo.

Pausa; el matador cambia de sable a ver si encuentra uno que se arrime solo, sin necesidad de acercarse al cuerpo.

Comienza nuevamente la faena.

Un pase natural, dos con la derecha, dos altos y otro pinchazo.

Otro alfilerazo sin ningún pase.

Uno natural, dos altos, una corta delantera, arrancándose desde el café Suizo de Madrid.

El toro se echó, y el puntillero citado anteriormente salió en compañía del niño que hizo el paseo con los matadores, para dar la puntilla.

El papa apretó el sable al toro, y éste se levantó arrancando sobre ambos con bastantes piés. El niño logró coger un burladero.

Sr. Gordo, ¿por qué tolera usted eso?

Sr. Alcalde, ¿por qué salen niños a dar la puntilla ni a nada en el redondel?

La función no es para chavales, y allí pudo ocurrir una desgracia.

Para aprender a dar la puntilla están los matadores, no las plazas.

Como ustedes ven, todavía estaba el toro vivo, por lo cual el Gordo tuvo que descabellarlo, acercando a la primera.

Silba muy regularcita.

Item más: un hueso de jamón para el espada.

Después de haber pinchado tanta carne, bueno era que también le diesen hueso.

El último se llamaba *Arquero*, lo cual era natural después de haber salido *Ballester*. Era cárdeno muy claro, tan claro que por algunos sitios era blanco casi, y tenía algo de careto por añadidura. La cuerna la tenía apretada y fue el único toro que se vio digno de la importancia de la corrida.

Bravo y de mucha cabeza, dió en la suerte de vara bastante juego, entusiasmando al público que había permanecido en el mayor aburrimiento durante toda la lidia.

*Arquero* tomó catorce puyazos de verdad, repartidos de la siguiente manera.

Manuel clavó cinco, sufriendo tres caídas y la pérdida de una cabalgadura.

Dientes mojó tres veces experimentando dos porrazos.

Posada se acercó en tres ocasiones y cayó en dos con la pérdida de un animalito de cuatro patas.

Caro también pinchó hasta cuatro veces cayendo en tres y perdiendo la cabalgadura.

En las últimas varas los picadores anduvieron muy remolones, teniendo que ser amonestados por los espadas.

El Gordo también recibió un aviso de la presidencia, que le fue comunicado por un individuo de la partía.

El Sr. Alcalde quería que este toro durase hasta el día siguiente en la suerte de varas, por lo visto.

La consecuencia de tanto puyazo fue que el ani-

mal se quedó muy aplomado y defendiéndose, costándole a los banderilleros no poco trabajo el cumplir su cometido.

Juanillo puso medio par al cuarteo y uno a la media vuelta. Mariano, después de salir una vez en falso, puso otro par a la media vuelta también.

Lagartijo halló al bicho acudiendo bien al trapo, y le dió tres naturales, cuatro con la derecha, cuatro altos, dos cambiados y una estocada a volapié contraria.

Después de tres naturales, cinco con la derecha y seis altos, tuvo que herir otra vez arrancándose más largo que antes.

Después de dos naturales y dos altos, dió otra corta a paso de banderilla.

El toro se echó, y sucedió lo que antes; el puntillero de Rafael, también de paisano, sacó la espada y el animal se arrancó tras del de la puntilla. Este se tiró a tiempo al suelo, gracias a lo que se libró de una cogida segura.

Rafael tuvo después que descabellar al cornúpeto.

#### APRECIACION.

La corrida de inauguración de la plaza del Puerto no ha podido ser peor: la empresa hizo lo posible para este resultado, no dando al hecho la importancia que debía tener.

En primer lugar, para inaugurar una plaza de esa importancia, se llevan tres matadores, como se ha hecho en Granada, y se escoge con cuidado, no solo la ganadería que deba estrenar el circo, sino los toros que de la misma deban lidiarse.

Eso es entender el negocio, y eso sería responder a los usos y costumbres de la tauromaquia.

Los toros fueron malísimos: en otra plaza donde no se les acosara, hubiera llevado fuego alguno, y ninguno se hubiera marchado con el excesivo número de varas que le pusieron, gracias a la paciencia del señor Presidente, que en ese día se propuso apurar las reses hasta lo último.

El Gordo pasó desde lejos y se tiró desde más lejos todavía para herir, sin dar a las reses la lidia que les correspondía con la muleta. Bien sabemos que las condiciones del ganado eran detestables, pero éstas se empeoran cuando no se les lidia como es debido. De todos modos, sean los toros como sean, nunca está justificado que se les abanique la cara con la muleta en vez de pasarlos. Carmona con algunos toros no hizo más que pasar el trapo por cima de los cuernos, sin parar los piés y sin castigar nada a la res. Al tirarse le vimos algunas veces volver la cara, salir huyendo y herir generalmente mal.

Lagartijo hizo patentes los defectos generales que en las corridas de Madrid le hemos señalado; se encorvó mucho al pasar en algunos toros, y lo hizo desde largo en alguno; sin embargo, en el cuarto nos gustó más, le vimos más parado y rematando los pases mejor que en las otras veces. Al tirarse, también lo hizo desde largo en muchas ocasiones, y llevando la muleta muy alta, de tal manera que parecía que iba a poner un par de banderillas; es preciso liar bien al tirarse y meterle el palo al toro en el hocico para que humille, si no es imposible que resulte una buena estocada, y además está expuesto el matador.

De los picadores, merece citarse el Salguero, aunque todos mostraron voluntad.

De los banderilleros, Primito y Mariano en un par en primer término; generalmente cumplieron los demás.

El servicio de plaza bueno.

La presidencia apurando mucho a los toros en la suerte de varas.

#### SEGUNDA CORRIDA.

La misma hora de la tarde anterior era la designada para verificarse la segunda corrida de toros del Puerto de Santa María; sin embargo, la gente acudió con mayor anticipación, si cabe. La segunda corrida se verificó en domingo, y como es natural, esto trajo más gente de todas las poblaciones cercanas, y desde por la mañana trenes y barcos fueron depositando aficionados de otros puntos en la ciudad del Puerto.

La plaza, aunque no llena, estaba cuajada y ofrecía mejor aspecto a la vista.

Las noticias del ganado, propiedad del Sr. Marqués del Saltillo, eran excelentes, y todo el mundo quería desquitarse de la castaña recibida en el día anterior.

La princesa Ratazzi y su niña tuvieron el mismo recibimiento que el día anterior; el público, no contento con aplaudir, pidió música; y la banda del tercer regimiento de Ingenieros dejó oír los alegres ecos de las canciones andaluzas.

Recibidas también con muchos aplausos las señoritas que ocupaban los palcos, llegó la presidencia con el mismo acompañamiento que en el día anterior y comenzó la pelea.

El capellán castrense del sábado corrió la llave, y colocados en sus puestos Llavero, Salguero y Caro, se dió suelta al primer cornúpeto.

Era el animalito retinto cornicorto, abierto, de piés, y pertenecía, como todos, a la vacada del señor marqués del Saltillo. Su nombre, como el de los demás de este día, no nos fue posible hallarlo. Los bichos debieron traer la partida del registro civil guardada en el más recóndito bolsillo de su individuo.

Bien pronto se vió que el animal era brabo y de cabeza, pues no fueron necesarios muchos ruegos para que acometiera a los de caballo, trabando con ellos la quimera siguiente:

Salguero puso tres varas, sufrió un revolcón descomunal y perdió dos potros que acababan de ganar el premio en el hipódromo de Jerez.

Llavero puso un puyazo nada más; pero con el trastazo correspondiente perdió la caballería.

Caro mojó en dos ocasiones y también sufrió un batacazo de primera calidad.

Posada hizo dos sangrías sin caer al suelo ni sufrir la pérdida del animal que le sostenía.

Durante la suerte de varas mucho lio en la plaza: los diestros torear por grupos. Lagartijo hace todos los quites, y el Gordo parece que se reserva para alguna cosa gorda.

El presidente, con mejor acierto que en el día anterior, no apuró los toros tanto, y después de lo referido, dispuso que al primero le adornaran el morrillo.

Prieto puso un par al cuarteo bueno, y otro ídem a toro parado. Primito dejó un par cuarteando y otro al relance delantero.

El Gordo, que vestía un traje marrón con oro, y que vió un toro boyante y claro en la plaza, debió decirse: «ahora es la mía.» Brindó al presidente, y se acercó al toro con muchas precauciones, dando para empezar un cambio con la muleta.

Después de este pase, se confió bastante, y dió dos naturales, tres con la derecha y uno redondo bueno.

En seguida lió y citó a recibir, resultando la estocada más bien a un tiempo, por haberse adelantado algo. La estocada fue bien señalada, y el matador, en cuanto vió su obra, comenzó a gritar a toda la cuadrilla que dejaran al toro quieto.

El público rompió en aplausos y aclamaciones, y el toro cayó a los pocos momentos.

El entusiasmo fue grande.

Un individuo se arrojó al redondel y se puso de rodillas delante del Gordo a adorarle como a un santo.

Dicho cristiano, llevaba en el cuerpo otra santa que se llama Santa Manzanilla del Puerto.

Hubo cigarros y sombreros a espuestas.

Retirados los difuntos y sin acabarse todavía la ovación propinada al Gordo, se dió suelta al segundo bicho, que era retinto, bragado, cornigacho y de cabeza también y bastante voluntario.

En este día no se varió la tanda de picadores para cada toro sino a la mitad de la corrida, como se ha hecho siempre en todas las plazas de provincias.

Caro se permitió dar hasta ocho puyazos en este toro, puyazos que le costaron tres caídas más que regulares, proporcionando grandes sustos a los espectadores.

También Ceballos sufrió algo en esta parte de la pelea, aunque no se hallaba en el redondel, porque Caro perdió un caballo.

Ceballos es el contratista de caballos de muchas plazas de Andalucía.

Esta noticia la doy para la gente de Despeñaperros para allá.

Llavero clavó tres puyazos y sufrió dos costaladas, sin que le doliera nada a Ceballos.

Salguero puso dos varas y dió un marronazo, cayendo dos veces y perdiendo un caballo en el último lance.



APRECIACION.

Sin perder nada de su pujanza, el toro pasó a banderillas, acudiendo bien a los chicos, que eran para este toro Juan y el Gallo.

El primero puso medio par al cuarteo y otro entero medianito. El Gallo dejó otro medio cuarteando y uno al relance.

Como se ve, ninguno dejó de llevarse una banderilla como recuerdo de la corrida de inauguración de la plaza.

Rafael con los avíos en la mano y con traje azul y negro salió en busca del toro después de brindar por la autoridad y por los buenos aficionados del Puerto.

Bastante parado dió un pase natural, dos con la derecha, uno alto, tres cambiados y una estocada a paso de banderillas, barrenando y saliendo mal de la suerte.

Después de tres naturales, cuatro con la derecha y tres altos, dió otra estocada a volapié, saliendo también perseguido por el toro y teniendo que arrimarse a un burladero.

El toro no necesitó más que estas caricias para morir.

Si el espada hubiera salido mejor de la cabeza del bicho, la suerte hubiera salido más lucida.

El público aplaudió también con entusiasmo.

Negro, bragado y cornigacho era el tercer toro, que no desmereció en condiciones de los bichos antecedentes.

Con voluntad y con cabeza, tomó hasta doce puyazos sin volver la cara nunca y sin necesidad de muchos ruegos ni memoriales.

Caro le puso tres puyazos, cayendo dos veces y perdiendo en ambas al contratista de caballos.

Salguero se le acercó dos veces al morrillo con el palo, y experimentó una caída, perdiendo otros dos puyazos.

Llavero puso cuatro metros, y cayó una vez al suelo sin novedad para su individuo.

Posada clavó tres varas, perdió un caballo y fue víctima de una caída al descubierto. El hombre se aplastó contra la arena cuanto pudo para hacerse invisible, y cuando se levantó hizo seña al público de que seguía sin novedad en su importante salud.

Al retirarse después lo dieron la mano algunos individuos que había en asientos de valla cerca de la puerta de caballos.

El presidente mandó tocar a banderillas y algunos inteligentes silbaron; otros aplaudieron e hicieron bien, porque el toro merecía ya pasar a otra suerte.

El incógnito de la tarde anterior clavó un par al cuarteo, hizo una salida en falso y dejó otro par desigual cuarteando. Prieto puso un par cuarteando y otro al relance, el primero mejor que el último.

Carmona, que por haberse lucido en el primer toro se creyó autorizado para hacer durante toda la tarde las más estupendas pantomimas, tomó la muleta y dió cuatro naturales, cuatro con la derecha, dos altos, cuatro cambiados, dos redondos, todo mezclado con algunas vueltitas y varias actitudes académicas. Después de una media estocada bien señalada y otro pinchazo al final de tres pases naturales, cuatro altos y tres cambiados.

El toro empezó a cornear a un caballo muerto, se enganchó el cuerno con la cuerda que sujetaba a éste, y estando así el animal, fué descabellado por el matador.

Muchas veces se le suele decir a un espada en broma cuando está delante del toro:

—¿Quiere Vd. que se lo sujeten?

Eso ya no es broma desde que hemos visto descabellar un toro sujetado.

Para decirlo todo, antes de hacer eso el espada pidió permiso a los espectadores del tendido próximo, que le gritaron que lo hiciera.

El cuarto era negro, algo corto de cuerna y abierto; tenía la misma voluntad que sus anteriores hermanos, pero carecía de su poder, por lo cual no dió tanto juego.

Cambiados los picadores para la segunda mitad de la corrida salieron Manuel y José Calderón a sustituir a los Sres. Llavero y Salguero.

Manuel dió tres puyazos y sacó el caballo tan mal herido que, después de quedarse hueco, se murió sin decir una sola palabra.

José Calderón clavó cuatro puyazos: dos muy buenos, y cayó una vez, pero sin perder la cabalgadura en ninguno de estos incidentes.

Posada tomó vela una vez en el entierro, y cayó también al suelo, sin romperse absolutamente nada.

Visto el poco poder del cornúpeto, aunque su voluntad continuaba siendo la misma, el presidente, en cuanto se llegó a la octava vara, no quiso que continuara funcionando la caballería.

El público entre tanto tomó el entretenimiento de quitar la maroma de la contrabarrera; diversión que, si se repite, puede costar cara a los aficionados el día que salga un toro saltarín a la plaza.

Mariano puso una banderilla cuarteando, y el Malagueño un par al aire y otro bueno al cuarteo al toro.

Lagartijo, con los trastos en la mano, se colocó frente a uno de los palcos que había a la izquierda de la presidencia, y con la montera en la mano dijo testualmente:

—D. Pedro, brindo por Vd., por su querida familia y por la dirección de la plaza.

Después se dirigió al bicho que se hallaba noble y claro, y le dió un pase natural, diez con la derecha, nueve altos, uno cambiado y una estocada a volapié, que resultó un poquito trasera.

Muchos aplausos, mucho tabaco y un regalo de la persona a quien el diestro brindó la muerte del toro.

Negro y caído de cuerna era el quinto, que salió con pies y mostró bastante voluntad a los picadores, es decir, mala voluntad, porque no es buena la de expampanarlos contra el piso, que es la que lleva cada toro en su testuz.

Dientes picó cuatro veces y cayó en una, perdiendo en otra un caballo.

Posada fué dos veces al toro, sin sufrimiento alguno digno de contarse.

Manuel atizó tres puyazos y en todos puso su cuerpo en el suelo, sin romperse la más mínima parte de su individuo.

Caro puso dos varas, cayendo en ambas y perdiendo una cabalgadura. En una de las caídas sufrió una contusión en un brazo que le impidió seguir toreando, pero no ver la corrida. Con el brazo liado, se asomó al palco de los ganaderos, que está sobre el toril, cuando toreaban el sexto toro.

El público en cuanto oyó tocar a banderillas, pidió que el Gordo las pusiera, y éste accediendo a la petición del país, cogió los palos y brindó su trabajo a la niña Roma Ratazzi. Luego pidió la silla, y se colocó en el centro de la plaza, clavando un par al quiebro, bajo y desigual. Al dar el quiebro, se le enredaron algo los pies en la silla.

Después salió dos veces en falso, riendo y haciendo mogigangas, y por fin clavó dos pares cuarteando, uno de ellos bueno.

La Srta. Ratazzi le arrojó una petaca.

Cogió la muleta en seguida, y dió cuatro naturales, uno alto, tres cambiados, y una estocada a volapié, algo delantera.

Desde este momento comenzó la comedia.

Unas veces dirigiéndose al toro y otras al público, hablaba y reía, dando a todo esto tres naturales, dos con la derecha y cuatro cambiados.

Preguntó al público si hería ya; le dijeron que sí, y dió una estocada que tenía un poquito de atravesada y todo.

Dió dos pases naturales; preguntó si hería otra vez; le dijeron que no, y continuó pasando con cinco altos y tres cambiados hasta que el toro se echó.

¡Qué bonito y qué a propósito para un circo ecuestre era todo eso, Sr. Gordo!

El último fué el más flojo de los bichos del Sr. Marqués del Saltillo lidiados en esta corrida; era de pelo negro, bragado, lucero, cornigacho y voluntario, aunque de poco empuje y escasa cabeza.

Salió con muchos pies, y Lagartijo le paró con ocho verónicas y una navarra regulares, terminando su trabajo con una manotadita en el hocico.

Todo se pega, menos la hermosura.

El toro tomó hasta ocho puyazos, pero al tercero hizo un extraño, como si no le gustara ese juego y quisiera quitarse de la presencia de los picadores.

José Calderón clavó hasta cinco veces el palo en carne de toro y no tuvo el disgusto de caer al suelo ni en una sola ocasión.

Posada echó dos firmitas sin novedad.

Manuel clavó un solo puyazo, teniendo el disgusto de sufrir la última caída de los que se han dado para solemnizar la inauguración de la plaza del Puerto.

Medio par del Gallo, ¡cuánto medio! y uno entero, cuarteando, y dos de Juan, uno muy desigualito, prepararon al toro para que pasara a manos de Rafael.

Este, previos tres naturales, dos con la derecha y cuatro altos, dió su mete y saca seguido de una contraria a volapié.

Después de dos naturales y tres con la derecha el toro se echó y Curro Molina, vestido también de paisano como el puntillero que sacaba el Gordo, hizo dar a la res el último suspiro.

La corrida segunda, ha sido luenísima. Los toros del Sr. Marqués del Saltillo, finos, bien criados y bravos. Generalmente han sido voluntarios y de mucha cabeza, en el primer tercio, mostrándose nobles en el resto de la lidia hasta el último instante. El último, que fué el más flojo, no desmereció tampoco en los últimos tercios, aunque con los picadores se mostrara menos duro y menos voluntario. Los aficionados salieron complacidos de esta corrida, porque el ganado, además de bueno, fué muy igual. Es lástima que la plaza no se inaugurase con esta corrida.

El Gordo, estuvo mejor que en la tarde anterior, especialmente en el primer toro, al que pasó con acierto. Respecto de la estocada, debemos decir lo que muchas veces hemos repetido; que para consumar esta suerte, es preciso esperar al toro sin mover los pies y clavando la espada cuando llegue a jurisdicción, todo lo que sea moverse adelantarse o echarse fuera, es desnaturalizar, una suerte bonita y que ya rara vez vemos ejecutar en nuestras plazas. En los demás toros estuvo mejor que en el día anterior, aunque no le vimos ahondar en ninguna estocada ni llegar con la mano al morrillo, que es lo que hacen los matadores cuando tienen delante toros tan manejables como los que en esta corrida vimos. Respecto de estar-se un cuarto de hora jugando con un toro y hablando con el público, y efectuando otras pantomimas, solo diremos que eso no es de torero. ¿Por qué no hizo todo eso la tarde anterior y cuando los bichos traían más respeto en la cabeza?

Lagartijo, a semejanza del Gordo, estuvo mejor en esta segunda tarde que en la anterior: se tiró con decisión alguna vez, y señaló con más acierto que el sábado; pero salió por delante de la cabeza, y muy apurado, cosa que no es propia de quien sabe ejecutar la suerte de volapié. Repetidas veces hemos dicho que la salida es por la cola al efectuar esta suerte, y que es preciso vaciar bien con la muleta al tirarse, porque sino, la suerte no se efectúa con limpieza, sale siempre arrollado el matador. Lagartijo, que en muchas ocasiones se tira con verdadero arrojo, debe poner especial cuidado en practicar en todo su pureza el volapié, que es la suerte que más se presta a su manera de torear.

De los picadores, se distinguió José Calderón.

De los banderilleros, Prieto en un par,

El servicio bueno.

La presidencia acertada.

No terminaremos esta reseña sin hacer algunas observaciones a la empresa del Puerto de Santa María.

En primer lugar, si quiere verla llena, es preciso que baje mucho los precios de las localidades, porque de lo contrario, sucederá siempre lo mismo que en las corridas de inauguración.

Es preciso además que las localidades de sol y sombra se repartan bien, porque en las dos corridas celebradas hemos visto que hay muchas localidades de sombra en las que hay sol toda la tarde, sucediendo lo contrario con las que están señaladas como asientos de sol.

Esto puede dar lugar a conflictos que conviene evitar.

PACO MEDIA-LUNA.

Puerto de Santa María 6 de Junio de 1880.



El día 20 del presente mes se celebrará en la plaza de Bilbao una corrida de toros, para la que ha sido ajustado el espada Juan Ruiz (Lagartija) con toda la cuadrilla, llevando de segundo a José Ruiz (Joseito).

Los toros que se lidiarán en la próxima corrida en Madrid son de la ganadería de la viuda de Varela, de Medina-Sidonia.

Galería de «El Tóreo»

En la administración de este periódico se hallan de venta, al precio de dos rs. cada uno, retratos de los espadas

MANUEL DOMINGUEZ.  
RAFAEL MOLINA (Lagartijo).  
FRANCISCO ARJONA (Currito).  
SALVADOR SANCHEZ (Frascuelo).  
JOSE CAMPOS (Carancha).

Imp. de P. Nuñez, Palma Alta, 32.